



que empieza a vivir después del incógnito con la asombrosa capacidad para no servir ningún tipo de recordatorio. Una variación sobre el pasaje bíblico de Lázaro con un Lázaro de verdad cuya resurrección es todo un incógnito para sus dueños, majas incluidas.

Las entregas en prosa vienen salpicadas de poemas que no pretenden imitar el conjunto, dado que la lectura no resulta monótona. Es solo el intento del autor por comprometerse con este universo, esta arárgica armonía, intento y por supuesto logro de construir un libro verdaderamente distinto.

Cronica de Blasfemos

Félix Álvarez, Saenz.

Editorial Hipatia, Lima, Perú.

Conforme se habla de Lope de Aguirre, ya sea por medio de la historia, la novela o la cinematografía, crece la leyenda del personaje. Con el tiempo será difícil hacerse a una idea fija y, mucho menos, objetiva. Lo que sí resulta difícil es creer en el como un poladín de la libertad, abolindose de la cadena común a todo conquistador. Su alía y omega —el oro— parece diluminarse ante la ambición de fundar un reino aparte donde únicamente imperara la libertad.

Es la sensación al leer la excelente novela de Félix Álvarez Saenz. *Cronica de Blasfemos* relata, por boca de un personaje ficticio, toda la aventura utópica. Manonores fueron llamados los españoles que, comprados por Lope de Aguirre, desmoronaron la autoridad del rey y que, según todas las indicaciones, estaban por formar un reino aparte cuando sobrevino la debacle. Y es aquí donde la historia entra en aguas ventuosas, pues la desgracia de la empresa no se sabe si fue debida a las rencillas entre caudillos, a la repugnancia de las tropas reales o a la segura homicida de Lope de Aguirre.

En la empresa de El Dorado estaban cuantos españoles pisaban América en el siglo XVI. Un reino en tre hasta las calles eran de oro, era para animar hasta al más vago de los que navegaban el Atlántico buscando precisamente oro. El Dorado, como todo el mundo sabe, no fue más que un subterfugio inventado por no se sabe que indios para respaldar a los conquistadores y los cojerse tranquilos una vez desvalijados del preciado metal

en el caso que fuese. De boca en boca, ánimos masas, el supuesto reino y la fórmula para de-hacerse de quienes lo querían, fueron creciendo hasta ocupar buena parte del continente. Incluso en la Corte se supo de ello y expediciones oficiales se financiaron. El tiempo pondría las cosas en su sitio y nos ha dejado la leyenda para que tejamos sobre ella todo tipo de sucesos.

Para la desesperación fue mala consejera para unos hombres que se sintieron traicionados. Abandonados, mejor. En la empresa doradiana estaban comprometidos todos: Estado y particulares. Pero el Estado no era esa máquina eficiente (o a la que se le podía pedir eficiencia) de hoy en día. El Estado español era una corte de un emperador que no acababa de dominar el entero noroeste y de convencerse que era el monarca más poderoso del mundo. A Carlos I no le quedó más remedio que abdicar y dejar todo el poder en manos de su hijo, Felipe II, quien se hizo de manera rígida, tal vez demasiado, con e trono. Las cosas raras, el cielo para ére o tal asunto tardaban en llegar por parte de una administración que tenía tantas cosas que resolver y que contaba con no muchos funcionarios capacitados. Piénsese, entonces, en lo que sería disponer asientos para las Américas, y más para una expedición fracasada en sus participaciones como era la de El Dorado.

La incoordinación —más que el abandono— agregados los flaqueos de la zona desconocida y las rencillas personales, provocaron en Lope de Aguirre esa sensación de abandono y de traición desde las altas instancias. Cronos decidió ser uno solo, él con sus hombres, en una quimérica república independiente, sin renunciar por ello a la ilusión de El Dorado. El que venía para ellos solos, sin dar un gramo del mismo oro a la Corona.

La decisión del vascoagado cala hondo en el ánimo de sus hombres quienes, como buenos conquistadores, estaban dispuestos a todo tipo de aspiraciones y venganzas. La primera de ellas contra el jefe de la expedición, Pedro de Ursua, narrado él y a quien apodaban el francés, arose por la poca asunción como tierra española que aquellos conquistadores tenían del Viejo Reino. Navarra, al no ser conquistada por las armas, no gozaba del mismo palmaris que Granada. Corriencia así una serie de venconzas y de disputas por el poder desconfinadas, traiciones y venganzas de lealtad que no sólo miran el objetivo —el quimérico Dorado— sino todo lo que pudiera ser conquistable para la Corona o para ellos.

Benedetti defiende el compromiso social. [artículo]

Libros y documentos

FECHA DE PUBLICACIÓN

1993

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Benedetti defiende el compromiso social. [artículo]

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile